

Había pasado toda su vida en aquel pueblo costero y allí iba a quedarse para siempre. Cada día daba un paseo por la orilla del mar, cada día veía como la noche caía sobre el océano y como la luna sustituía al astro rey. Todos los días hacía lo mismo, y había empezado a hacerlo hacia muchos años.

Le encantaba sentarse en la playa y dejar que el azul del mar llenase sus ojos ya cansados por la edad. Esos ojos, algo tristes y apagados por haber visto tantas penas y alegrías durante toda su vida, se posaron como cada día en el horizonte. Por el horizonte asomaban barquitos veleros o grandes buques de carga, los cuales volvía a desaparecer en la lejanía.

El viejo sabía que no podría ver muchos anocheceres más, ya era muy mayor, además esas noches bajo la luna no eran muy buenas para su salud, el frío se le metía en los huesos y su cuerpo se resentía. El pobre viejo adoraba su costa. Aún recordaba la primera vez que vio el anochecer en ese mismo lugar. Había sido hacía ya más de 80 años, aunque lo recordaba como si hubiera sido ayer. Él había ido con su familia a visitar a sus abuelos que vivían allí; y al final sus padres decidieron quedarse a vivir también. Al día siguiente, fue a pescar con un vecino, el cual ahora ya no vivía y que le enseñó lo bonito de esa costa. A partir de ese día, iba a diario a la playa, ya fuera acompañado o en la mayor soledad como ahora. El viejo podía relatar muchas historias de aventuras que había vivido en esos años, recordaba muchas con bastante exactitud.

Pronto, la noche fue cayendo sobre el mar, la luna comenzaba a brillar en el cielo anaranjado, y las estrellas sonreían poco a poco al viejo sentado en aquella orilla. El viejo a su vez, les sonrió y miró fijamente con dulzura. En pocos minutos la noche estaba ya sobre él. Entonces, empezó a adormecerse por la suave brisa del mar y el dulce murmullo de las olas. Después de unos minutos, sus párpados cayeron al igual que lo había hecho la noche antes. Miró al mar, y recorrió toda la costa con sus ojos entrecerrados, y los cerró. Respiró suavemente y se quedó dormido con la única compañía de las estrellas y de la luna sobre él. Pero al día siguiente no los abrió, y nunca volvió a hacerlo.

Aroa Chans Guinaldo

4° E.S.O.

Azterkosta 2001